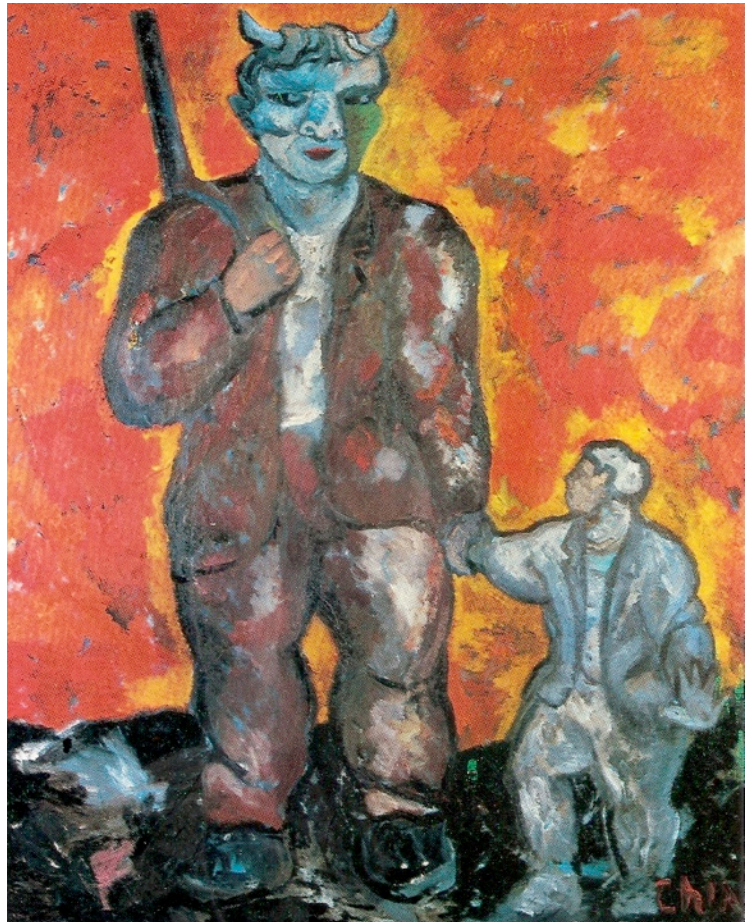


VANGUARDIAS

09 de marzo de 1981

Ellos repetían, recuperaban, mencionaban el pasado, en una onda de nostalgia y revival que duró una década. Algunos citaban con gracia, ironía, amor por los valores decorativos.



Transvanguardia El primer rostro de la postmodernidad

Margarita D'Amico

Inicialmente fue italiana, luego internacional. Promovida por el crítico Bonito-Oliva, marcó el regreso oficial de la pintura y la figuración, imponiéndose como fenómeno de cultura y de mercado. Sus artistas tomaban el lenguaje como idea de transición, de allí el término transvanguardia. En Venezuela muchos fueron los trasnochados y pocos los despiertos en esta tendencia. Ahora la nueva década exige calidad, profundidad, conciencia, proyección social. Para los “mercaderes de la nostalgia” se acabó la temporada.

Primera tendencia estelar de la plástica emergente de los años 80 –y portadora de las mil y una etiquetas– la transvanguardia fue inicialmente italiana, luego internacional.

Comenzó en 1979, en plena fase conceptual. Su principal propulsor fue el crítico de arte italiano Achille Bonito-Oliva. Los primeros transvanguardistas: Clemente, Chía, Cucchi, De María, Paladino. Todos ellos tomaban el lenguaje como idea de transición, de allí el término transvanguardia.

¿Cuáles eran esos lenguajes? Todos, casi todos. Ellos repetían, recuperaban, mencionaban el pasado, en una onda de nostalgia y revival que duró una década. Algunos citaban con gracia, ironía, amor por los valores decorativos. Otros repetían en términos salvajes, brutales, neo- expresionistas.

Al principio usaban figuras y figuritas (como se hacía con los “ready made” de sabor dadaísta) que iban dibujando con colores brillantes, motivos gráficos llamativos, iniciando así una reconquista de los valores manuales, común a toda una generación: la vuelta fulgurante al pincel y a la tela.

En 1980, la Bienal de Venecia marcó el regreso oficial de la pintura, el regreso de la figuración. O post- figuración, neofiguración, neo- expresionismo, graffitismo, neodecorativistas, neosalvajes, transvanguardia, post- transvanguardia, o como quiera llamarse.

El movimiento, lanzado en Italia, fue respaldado por museos y galerías de Estados Unidos, incluyendo Guggenheim y Leo Castelli. Se impuso como fenómeno de cultura y de mercado. Pusieron a valer a los italianos en Norteamérica y con ellos a los de allá: David Salle y Julián Schnabel a la cabeza. La Bienal de Venecia 1988 los consagró definitivamente.

¿Qué pasó en Venezuela?

Después que la transvanguardia llegó a Estados Unidos, ya masticada y digerida, artistas venezolanos que nunca se habían preocupado por la pintura (eran conceptuales, performancistas, etc.) comenzaron a pintar en términos de transvanguardia, es decir, comenzaron a repetir por tercera vez lo hecho por otros, aferrándose como viajeros trasnochados al último grito de la moda.

De repente, a alguien se le ocurrió ponerle colorines y coloretos, perlitos y lentejuelas a las imágenes de la santería popular venezolana (tema tratado muchísimo antes, pero sin perlitos, primero por Víctor Hugo Irazábal y posteriormente por Rolando Peña). Otros agarraron flechas, mapires y manares y los revistieron de colores fluorescentes.

Algunos reciclaban ventanas duchampianas, barras de neón o incorporaban visitaciones angelicales en versiones devaluadas. Total, copiaron el principio de la fórmula y nunca se dieron cuenta de que estaban haciendo el papel de epígonos de otros, y muchos todavía siguen repitiendo el pasado, sin historiarlo, sin entenderlo, más bien malentendiéndolo.

Todo este regreso a la figuración, a la pintura de caballete, cargada de nostalgia y revival, también se

expresa con el nombre genérico de postmodernidad pictórica. La denominación poco importa, lo que cuenta es el espíritu de esta pintura.

Ya a finales de la década, la condición postmoderna (que cumplía 40 años de su bautizo) entró en fase caliente, con realismo, romanticismo, espiritualidad, revalorización de las culturas aborígenes, y con una “estética de la supervivencia” que implica regreso a lo bueno, lo verdadero y lo bello.

Ese es uno de los caminos – entre otros no excluyentes– que empiezan a transitar los artistas de los 90. La nueva década se presenta con nuevas banderas: calidad, conciencia, profundidad, proyección social. Hay que ir recargando las pilas. Para los “mercaderes de la nostalgia” se acabó la temporada.

Mientras tanto ¿qué hacen los que fueron pilares de la transvanguardia? ¿Qué dicen?

De todo. Para ellos lo más importante es tener...

Libertad en el laberinto

Sandro Chía, quien hasta el 18 de octubre está exponiendo su “Pura pintura” (“Absolument peinture”) en la Galería Daniel Templon de París, dice que el presente sintetiza toda la historia del arte. El pintor se mueve ante un laberinto de estilos, de

superinformación y ansiedad. Y él quiere trabajar con tranquilidad en ese laberinto: “asumir todos los estilos de manera natural, viajar en el laberinto, entrando y saliendo con toda libertad”.

Mimmo Paladino también transita por varias tendencias, técnicas y contenidos, que van desde dibujos muy lineales y extremadamente sencillos, hasta figuras esculturales, elementos geométricos, “ready made”.

En sus “Apuntes póstumos”, Paladino dice:

“Lentamente he pensado que debía comenzar de nuevo. Sé muy bien que no necesitamos leyendas extemporáneas. A pesar de ello, el deseo absoluto de lo grande y lo sencillo es muy fuerte. La memoria, el mito son obstáculos evidentes que la cultura europea y occidental siempre han puesto a la emoción absoluta”.

“A pesar de todo, el hecho de recomenzar, lentamente, mezclando el signo primitivo y primordial con las más barrocas consecuencias, pobladas de arquetipos, era el gesto más humilde y sufrido que uno podía realizar. No veo tiempos heroicos. El heroísmo es un asunto de claridad, es dogmático, asume la historia como lo ya sucedido. Todo lo que mis obras parecen ser, se tendrá que recordar que ellas debieron

ser otra cosa. Decir que mi trabajo tiene que ver con imágenes arcaicas, con lo primitivo, es decir, que la pintura no debería ser eso. Es decir poco, muy poco”.

Paladino y Chía siguen siendo grandes estrellas.

En Venezuela uno de los jóvenes artistas que también se mueve libremente dentro de la figuración postmoderna (no neovanguardia, como señala Julio González) es Fernando Wamprechts, quien próximamente expone sus últimos trabajos en la Sala Mendoza.

Nacido en Barcelona, en 1959, vive y trabaja en Valencia. Hizo estudios de pintura en Caracas, Salzburgo y Atlanta. Dice estar fuera de etiquetas.

“Vivo en un proceso que me regala mi tiempo, en un momento presente que no es nada fácil. Estamos sujetos a etiquetas que nos catalogan dentro de movimientos que son modas pasajeras. Necesito liberarme de esas fuerzas, porque sólo ayudan a desvirtuar y debilitar mis posibilidades como artista. Mi experiencia está centrada en la investigación que realizo sobre cada cuadro. No podría hablar de búsquedas. Solamente dejo que mente y mano fluyan, mientras observo los cambios y resultados.

Como él hay otros, que también tienen ideas claras, pero ni Vam-

prechts, ni los otros aún han pegado el gran salto: el salto de los 90. No han incorporado (todavía) a su trabajo elementos de verdadera ruptura. Esperemos que lo hagan.

¿Quieren ver una expresión de arte de los 90? Vayan a “Umbralles Etnosónicos” en la Galería Astrid Paredes. Asdrúbal Colmenárez, Víctor Lucena y Ángel Rada les proponen aperturas a diferentes dimensionalidades. Cosas para vivirlas y sentirlas. Están invitados.

Notas:

1. Este artículo no salió publicado en la serie del Papel Literario, pero su 1era versión apareció en la miniserie **Plástica emergente de la década ochenta (I)** publicada en la Página de Arte de El Nacional Cuerpo “C”, el 9 de marzo de 1989.
2. Imagen de la portada: Sandro Chia. *Io sono un pescator*.